



Instituto Superior del Profesorado N° 5
"Perito Francisco Moreno"

Profesorado en Lengua y
Literatura



II CONCURSO LITERARIO DE POESÍA Y CUENTO

*Lo imposible de
las aguas quietas*

Trabajos Premiados

2025



PRIMER PREMIO

CATEGORÍA CUENTO

Final

Ese día Julia amaneció decidida, con la certeza que se logra cuando alguien se pone en primer lugar y percibe que la propia existencia se ve amenazada. Sabía que no quedaban chances ni excusas. Por más que intentaba convencerse de que la situación no era tan grave ni peligrosa, la verdad estaba a la vista de todos, solo que ella se esforzaba por ignorarlo. Su cuerpo se lo manifestaba todo el tiempo: el escueto brillo de sus ojos, la piel grisácea y apagada, su corazón que resonaba desprolijo entre palpitaciones y arritmias, el apetito fugaz e intermitente.

Todo su entorno se lo decía. Familia, amigos y compañeros de trabajo la alertaban de lo tóxico y negativo de sostener esa elección. Ella los escuchaba, sí, pero no internalizaba los consejos. Lo que le pasaba con él era más fuerte y podía contra todos los juicios y opiniones. Julia minimizaba las consecuencias y su malestar con el argumento reiterado de que lo necesitaba. No era tan simple y sencillo apartarlo de su realidad. ¡Había sido su compañero durante tantos años! Todo empezó en una fiesta del secundario; ella hacía tiempo que lo miraba con curiosidad y tenerlo cerca la inquietaba y quedaba cautivada por su perfume exquisito. Esa noche había tomado de más y no recuerda bien el momento en que cayó bajo sus encantos, pero bastó el contacto con su boca para entender que lo quería entre sus labios para siempre. Julia lo defendía por su incondicionalidad, porque estuvo presente en cada momento difícil, acompañando y calmando sentimientos desesperados. Jamás faltó en cada examen de la facultad, ni cuando su padre pasó semanas internado o aquel día que la despidieron de su primer trabajo. Pero también le guardaba algo de rencor porque, aunque le daba culpa asumirlo, internamente muchas veces lo responsabilizó por su incapacidad para ser madre.

No se imaginaba vivir sin él, pero entendía que su presencia le hacía daño y ya no podía permitir que controlara sus días y la continuara lastimando y, a pesar de que temía no soportar su ausencia y la agobiaba el fantasma de la soledad y los problemas económicos, comprendía que ya

no debía depender de él para sentirse segura. No iba a ser fácil convivir con el recuerdo. ¿Cómo lograrlo si su aroma áspero y extasiante se escondía entre su ropa, sus sábanas y su pelo?

Esa mañana se despertó y lo miró a su lado. Se sentó en la cama y respiró profundo hasta dónde sus pulmones la dejaron. Tembló ante el deseo de rozarlo con sus labios a modo de despedida, pero no lo concretó. Se puso de pie, abrió el ventanal del balcón y, en una crisis de llanto, caminó descalza y en camisón hacia la baranda. Observó contra la vereda el contenedor abierto, perfectamente ubicado en línea con su cuerpo. Volvió a la habitación y, como quien acaricia a un ser amado por última vez, tomó entre sus manos el atado de cigarrillos y lo arrojó por la ventana.

Tao Lao

Seudónimo: Tao Lao
Autora: Marisel Rodriguez
Cañada de Gómez

SEGUNDO PREMIO CATEGORÍA CUENTO

Las tetas de mi abuela Teté

Brisa Corállica

Hoy, por primera vez en mi vida, vi las tetas de mi abuela. Las tetas de mi abuela Teté. Lo primero que llamó mi atención es que las tetas de mi abuela Teté se han alargado. Se han alargado con el peso pesado del paso del tiempo. Sus pezones estirados, puntiagudos y estrábicos por el paso pesado del paso del tiempo, llevan la marca de amamantar a tres gordos bebés: uno, mi tía, la buscada; dos, mi mamá, la encontrada; sobre el tres, mi tío, hay versiones contrarias. A pesar de tan dispares condiciones de maternidad y amamantamiento, las tetas de mi abuela Teté sobrevivieron a tamaño disciplinamiento. Se ajustaron a las leyes universales de la gravedad, su piel se hizo resistente, aunque cada vez menos tirante y se vaciaron de leche para llenarse de plumas con las que sostener las cabezas de sus tres nietas y su único nieto: una, Julieta; otro, Federico; otra, quien les habla; y la última, Rafaela. Y también la de su única bisnieta: Antonia, quien por el bien de la sonoridad de esta narración, ojalá se llamara Antonieta.

Decía, entonces, que vi las tetas de mi abuela Teté. Seguramente, a esta altura, se estarán preguntando en qué circunstancias: ¿Por qué? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Dónde? Al dónde respondo con: en su casa, obviamente, ¿dónde más va a ser? ¿Se imaginan que viera las tetas de mi abuela Teté en medio de la vía pública o de la *Santa María*? Los viejos del barrio se morirían de la calentura y yo no estoy preparada para soportar semejante imagen pornográfica. El cuándo es fácilmente resumible: el veintiséis de junio del corriente año. El cómo y el porqué son ya un poco más complejos... Deben saber que las tetas de mi abuela Teté forman un ángulo de cuarenta y cinco grados con sus axilas, constituyen una especie de parábolas, y, además, las capacidades físicas de mi abuela Teté se han disminuido un ochenta por ciento con el correr de los años. De modo que la tarea cotidiana y doméstica de colocar las tetas dentro de un corpiño se ha vuelto una peripecia sumamente difícil. Por tanto, tuvo que recurrir a quien les habla, su nieta preferida, para llevar adelante tamaña hazaña de amamantamiento. Así queda explicado, creo, el cómo. Respecto al inconcluso porqué, al porqué carajos una nieta miraría las tetas de su abuela y, encima, las relataría en un cuento, debo decir que yo miré las tetas de mi abuela Teté y, con todo el amor y la paciencia que he recolectado a lo largo de los

años, las vestí con un delicado corpiño de tela porque ella también supo, con amor y paciencia, vestirme muchas tardes infantiles para llevarme a tomar un helado, abrigarme con pancercitos humillantes, endulzarme el alma con sobrecitos de azúcar robados de las cafeterías del barrio, pasearme con el cochecito y, más adelante, prestarme libros para que poquito a poquito conociera el mundo, defenderme de las locuras de mi madre y obligarme a perdonarla, escribirme hermosos poemas para mi cumpleaños...

En fin, comparado con todo lo que ella ha hecho por mí, poco cuesta mirarle las tetas a Teté, que tanta vida y tanta familia llevan a cuestas, ahora que su mirada a veces se pierde en el horizonte de una utopía indescifrable, ahora que sus palabras se enredan cuando intenta contar una anécdota de hace años, ahora que soy yo la que debe pasearla por el barrio para que siga formando parte del mundo, ahora que mi abuela Teté se olvida de mi nombre pero no deja nunca de hacerme saber que, cuando yo lo necesite, estarán esperándome, ella y sus dos tetas parabólicas y disidentes, para sostener el peso pesado de la vida.

Seudónimo: Brisa Corálica
Autora: Justina Morini
Rosario

PRIMERA MENCIÓN CATEGORÍA CUENTO

“Vuelan mariposas, cantan grillos.

La piel se me pone negra y el sol

brilla, brilla, brilla.

El sudor me hace surcos,

yo hago surcos en la tierra sin parar”

(Víctor Jara)

TELMO Y LOS GRILLOS

Telmo Pirán amó a su amada como nadie jamás amó, con amor después de la muerte, pues la resignación no cabe si un amor es verdadero.

Se conocieron por casualidad, como florecen las grandes pasiones, que no saben de espacio ni tiempo, pero dan siempre justo en el momento y lugar indicados.

Fue en Urdinarrain, Entre Ríos, no importan los detalles.

Lo que interesa es el después, tan natural que ofende a quienes nunca amaron como se amaron Telmo y Evelinda.

Juntaron sus sudores hachando leña, juntaron sus sudores en el lecho, labraron su porvenir en cada surco, siempre a la par. Y les brotaron repollos y berenjenas, lechoncitos y ponedoras, escabeches y codeguines, pero nunca les brotó un hijo.

Siempre el silencio como testigo de ese amor, el silencio mirando absorto (y mudo), con ceguera ante aquel amor incandescente.

Antes, y en el campo, la gente se ponía vieja siendo joven, basta ver las caras y peinados en los retratos antiguos, por tanto, en esta historia que sigue, no sé si ellos tienen cuarenta y pico, casi ochenta, o si andan ahí, en esa edad sin nombre, rondando los sesenta.

Algo de desgano, pocas palabras, una ausencia de cuerpo presente, algunos berretines nuevos, anudar y desanudar una y otra vez un retazo de tela, Evelinda estaba rara, y raro a veces lo que decía, no por raro, sino porque no se le entendía.

Cuando Evelinda se empezó a olvidar las cosas, Telmo creyó que estaba cansada, y de a poco la fue relevando del horno de pan, de juntar los huevos, y hasta pudo hacer la mayonesa.

Ella se quedó más en la cama, apenas si se dejaba acompañar por cuestiones lógicas al fondo, para no tropezar con algún alambre y empeorar la cosa, que, por cierto, iba cada día peor.

La madrugada en la que el lucero trajo a la Parca, a Telmo se le nubló apenas la mirada, mezcla de tristeza, nostalgia fresca y agradecimiento, ella parecía enojada, como quien duerme un sueño feo, pero no era más que una foto, otra foto de esa película que habían vivido, y seguirían viviendo juntos, en silencio y soledad, porque no había hermanos ni amigos para contar la noticia y Telmo sabía, por los animales, que cuando no hay nada que hacer, ya sale como un agua sucia, y hay un tufo profundo, un aroma a final, a toalla y a creolina.

Puso la pava, baldeó la galería para que refrescase y picotearan los horneros, y ellos, con sus trinos a coro, le avisaron que era tiempo, que la pava volaba.

Juntó la estopa, el kerosén, derritió dos velas grandes que guardaban desde el casamiento, afiló la cuchilla, y se puso manos a la obra, como había hecho con el Chispa cuando lo agarró el camión de mandarinas.

Para los ojos usó dos cuentas de un rosario que tenía la virgen de la Merced, y el sonsonete del bombeador resultó un réquiem adecuado, marcando el ritmo de sus manos.

Quedó expresiva, como ilusionada.

La puso linda.

Para la tardecita, con la faena terminada, asó dos cuises que ya se habían oreado y comió rapidito, dejando todo limpio para que la Evelinda no lo sermoneara, se sirvió una caña bien cojuda, y se sentó a contemplarla, con más nostalgia, menos tristeza, pero con el mismo agradecimiento.

La vecina de Colonia Bandera preguntó por ella cuando vinieron las fiestas, y Telmo le dijo que ya casi no salía, que estaba medio perdida pero guapita de los huesos.

Le dejó saludos.

Una noche, en medio de la soledad no tan sola, Telmo empezó a entender que aquello no duraría para siempre, que si bien eso de "hasta que la muerte los separe" era una mentira atroz, un día pasaría algo que acabaría con ese amor.

Se desveló.

Arrancó un monólogo ronco, como una oración, una letanía, pidiéndole a Evelinda una señal, una prueba de que ese amor era eterno, que nada había cambiado; ese mutismo ya se le hacía pesado, él la quería como siempre, pero que ya dudaba de ser correspondido, porque, caramba, uno es hombre, y la compañía vale, sí, pero la rutina atormenta y...entonces, desde lo más profundo de Evelinda salió un chirrido estremecedor que partió la noche como un relámpago; y Telmo estuvo muerto antes de terminar de oírlo.

Al mes, mes y medio, los encontraron, acurrucados, el cadáver de Telmo con un hedor de moscas y gusanos, y Evelinda, linda como siempre, llena de vivaces grillos.

PANZA VERDE

Seudónimo: Panza Verde
Autor: Gerardo Perasso
Cañada de Gómez

SEGUNDA MENCIÓN

CATEGORÍA CUENTO

Tres cigarrillos después

Como cada mañana a mi ritmo habitual, camino como zombi hacia el laburo. A veces me fumo un pucho, otras veces como hoy odio esas baldosas repetitivas que emanan hollín.

Pero esta mañana en mi deseo de perderme un poco en este contexto casi obsesivo, decido mirar más allá de mis pies y ahí la veo. Reposando desvanecida sobre los cimientos que sostenían un edificio gris, mohoso y frío.

Su figura delicada yace sobre la losa y apenas se tapa con una hoja de diario como si fuese invisible, como si no fuese nadie, como si ni el frío la reconociese. Tiene medias de seda rosa ajadas por el tiempo y la mugre, que asoman por el filo del diario. Sus manos en cruz tapadas por su cuerpo se resguardan del frío.

Su capucha cubre los hilos de pelo que escapan por donde queda un vilo de aire. Al lado tiene un vaso de leche que con las horas se va contaminando de esa mugre, de ese tiempo.

Las hojas del árbol de enfrente que caen con el viento en este otoño odiable le rozan los pies. Las demás miradas la esquivaban, menos la mía que la acoge reconociendo ese vacío de ser invisible. El vacío que deja el hambre y la injusticia en el cuerpo.

No puedo seguir mis pasos aunque mi cuerpo avanza automático hacia adelante como cada día, pero esta vez quiero retroceder, no avanzar.

Me detengo unos metros adelante en un umbral todavía húmedo del rocío del amanecer. Yo podría haber sido esa mujer con esas medias rosas. Pero no. Me carcome la culpa de saber que yo pude y ella no. Porque tuve suerte, porque fui elegida entre esos dioses que ni creía, pero que el barrio veneraba.

Con mis piernas como yunques clavados a estas baldosas de hollín, recuerdo a esa niña que con la caída del sol le aparecían ansias de encontrar un refugio. La mayoría de veces era otro edificio con mayor o menor moho y poco transitados. Esa niña que si tenía suerte, caminando hasta no sentir más el cuerpo como propio, conseguía algún baldío u obra en construcción de tejidos flexibles que permitieran infiltrarse. Daba satisfacción saber que la vergüenza estaba más reparada aunque el cuerpo no tanto.

La vida en la calle es dura. Me duele el pecho. Mi panza recuerda mientras se esconde entre el pecho dolorido y mis piernas. No hay nada que genere un vacío tan grande como un cuerpo deshecho por el frío y no hay dolor más punzante que el hambre.

Repaso mis días de niña en esos minutos en pausa y recuerdo mis compañeros de trabajo balbuceando que la vergüenza y el orgullo de la gente de la calle lo es todo. Eso porque a uno de ellos no le aceptaron una bolsa de ropa sucia, rota y vieja la otra vez. "Es mejor un trapo que estar desnudo" escupían. Y yo optando por hacerme un té que me lleve otra vez a la tierra sin querer convertirme en un infierno que lo quemé todo. Me pregunto cuántas veces callé. Mientras el té se hacía y los balbuceos se hacían crónicos, tragaba saliva pensando que su arrogancia les hacía pensar que sus trapos valen más que la mirada ajena. No saben que abstraer la mirada es uno de los primeros códigos que se aprenden en la calle. Pero más fuerte que estar desnudo o cargar trapos ajenos es la agonía del hambre. Nada supera a eso.

Vuelve el dolor en mi panza, como si el hambre vieja me amenazara. Disimulo ser alguien ante la mirada de los transeúntes para combatir con gratitud el odio de ser la elegida e intento recomponerme un poco, pensar con claridad.

Una señora me mira con ojos bien abiertos y me pregunta si me encuentro bien, le contesto que sí con la cabeza. Dejé de ser invisible pero esa mujer de medias rosas que paga con su cuerpo nuestra complicidad, sigue tirada allí con esa leche pudriéndose porque es parte del paisaje natural.

Pienso en la muerte. Tantas veces pensé que era la mejor opción, pero también recuerdo cuando visualizaba esa luz en ese horizonte perdido que permanecía encendida aún con frío en las noches, porque con el día volvía a salir el sol.

Pero el hambre, la puta madre me digo, el hambre no se va. Sólo vuelve, se acumula, forma parte de tus vísceras, como esa grasa difícil de roer de los extractores de cocinas industriales. El hambre queda adherido. Y aun saciándola una vez, dos veces, o cada tanto, queda en la mente y en el corazón como un alerta constante que aprieta cuando intentamos hacer o pensar en otra cosa.

El hambre penetra el pensamiento, lo absorbe, lo desaparece. Se agarra de todo, de lo poco que podamos tener de ánimo, de las súplicas que pedimos por las noches, incluso de nuestros hijos, hermanos, amigos. El hambre lo desaparece todo.

Se atasca en el centro del cuerpo y se irradia como un cáncer que lo toma todo, hasta el último suspiro de vida. Y nos volvemos cómplices de nuestra propia pérdida en esas caminatas vacías, caminando hacia ningún lado, con las manos estiradas en cucharas pidiendo cualquier migaja que pueda saciar un segundo esta agonía de sentirse nadie.

No se apiada de las historias, ni de quiénes fuimos, ni de dónde salen esas medias rosas o quién nos regaló ese vaso de leche. Eso no importa, carece de sentido porque también se irradia en nuestro cerebro y memoria borrándolo todo como si se lo comiera. No perdona ni a los pies pesados invadidos de cayos porque es mayor la sequía dentro.

El hambre es poderosa, es sombría. Nos convierte en espectros vagando por las noches en búsqueda de algún cadáver de otro que nos salve por un momento.

Busco en mi mochila. Tiene que haber algo que pueda ayudar. El almuerzo de las horas posteriores, una manteca de cacao y el uniforme del trabajo. Nada alcanza. Ni ese algo que ni siquiera podría saborear porque la voracidad lo haría desaparecer. Conozco ese odio de las sobras, no saciaría el hambre de ser el subordinado de un miserable.

Me prendo un pucho con el estómago vacío, la panza sigue doliendo. Todavía continúan los resabios del hambre. Pienso en lo que me salvó.

Carmen me sacó de la calle y me dio un propósito en la calle. Yo había quedado huérfana porque mi vieja se había pasado de pastillas y papeles, y de mi progenitor nunca supe nada. Lo que agradezco es que mamá no haya muerto frente a mis ojos, por suerte estuvo Carmen para despedirla. También vino a darme la noticia y me propuso quedarme en su casa hasta que sea un poco mayor, yo estaba por cumplir diez años.

Ella vivía en una casa muy precaria de varias habitaciones, con cortinas divisorias y muchas pibas comiendo de la misma mesa y bolsillo. Todas se ganaban el pan poniendo el cuerpo, pero Carmen lo administraba. Por supuesto no quedé exenta. A mi pronta pubertad comencé a prostituirme para pagar la comida y el techo, a veces también las telas para confeccionar las prendas exóticas, porque era muy flacucha y costaba conseguir mis talles en ropas de noche. Recuerdo haber sentido asco en todas las veces y tuve que empezar a consumir para evitarlo. Pensaba cuánto entendía a mi mamá mientras aprendía a extraerme del mundo exterior y también del interior.

Un día me desperté con una resaca abominable, había mezclado mucho la noche anterior porque me había tocado trabajar en una despedida de soltero de un tipo que venía bastante seguido. Le saqué dinero a Carmen de una cajita que tenía para gastos menores que había descubierto un día sin querer y me fui a pegar en la esquina algunos diclofenac del mercado negro del barrio para evitar el dolor de esa noche para el olvido.

No podíamos salir mucho y teníamos prohibido hablar con los vecinos del barrio. En medio de los tambaleos y dolores corporales, vi que Carmen no estaba y como ese día necesitaba algo que calmara la pesadez de mi cuerpo, me calcé el buzo, me encapuché y fui con cautela. Le pedí a

los pibes cuatro diclo y me los tomé juntos. Cuando volvía me chistaban por detrás, yo caminaba cada vez más rápido tratando de evitar un posible quilombo en puerta, porque si era para trabajar, sólo Carmen se encargaba. Pero quien chistaba era insistente y empecé a sospechar que necesitaba ayuda. Me di vuelta de refilón y ahí estaba María, bien vestida chistando desde el cantero de su casa. La saludé y seguí. Me gritó aunque murmurando "Vení querida, necesito una mano acá. Es sólo un minuto". María habrá tenido cerca de la edad de mi mamá para ese entonces y eso me convenció. No faltaba mucho para desear verla en algún rincón que alivie mi dolor un rato. Me acerqué mirando hacia todos lados. Era domingo, no había nadie en la calle.

"Ayúdame a correr este mueble querida que necesito renovar este espacio urgente". Era un placard modesto. Y al lado había una cómoda que tenía fotos de un tipo en portarretratos. En seguida vi que tenía un sólo lado de la cama destendido y me hizo pensar que quizás ya no contaba con esa otra persona para correr muebles o cocinarle comida casera los domingos. Cuando terminamos me ofreció unas torrijas que tenía esperando en la mesada listas para ser degustadas más tarde, estaban tapadas sutilmente con la tapa de una olla con florcitas rojas. Me dio una sensación de hogar que yo nunca había tenido, pero desde ese momento empecé a comprender el significado de tener uno. Me las devoré en un santiamén, ella se rió y me ofreció un vaso de terma con soda para bajarlas. Me lo tomé completo y volví a mi rutina.

Cuando volví a la casa de las cortinas, la veía más asquerosa que antes, mas destruida de lo que la recortaba hacía quince minutos atrás. Eso sí que no era un hogar.

A los tres días no paraba de rondarme esa imagen y aroma en mi cabeza, las torrijas, la tapa de la olla cuidándolas. Así como las pastillas me hacían olvidar todo el infierno nauseabundo, ahora necesitaba más de ese aroma y ese cuidado, para sentirme en un hogar al menos cinco minutos en mi semana.

Esperé los momentos para salir mientras Carmen se iba a hacer algunos mandados en los horarios que nosotras habitualmente dormíamos después de los servicios y las pastillas de la noche anterior. Pero gracias a mi nueva adicción de ese aroma y ese hogar, en las noches empecé a aguantar sobria resistiendo atrocidades sólo para conseguir una dosis de hogar el día después, porque necesitaba estar despierta cuando Carmen se iba temprano por la mañana. Los primeros días, sólo observaba a María hacer los mandados con una bolsa de colores plásticas, bien prolija, no me animaba a acercarme.

Pasados unos cinco días más o menos, salí con coraje y le toqué el timbre. Ella me recibió con una sonrisa diciéndome "Hoy tengo que embolsar ropa para regalar".

Ese fue el pase de mi nuevo vínculo de salvataje. Mi adicción de hogar no daba cuenta de tiempos, así que me pasé muchas horas en la casa de María ordenado ese lado del placard vacío y huérfano, como yo. Mientras íbamos doblando y embolsando, me contaba que hacía unos meses perdió a Pedro, su marido, por un ataque al corazón. No tenían hijos, así que toda su atención estaba focalizada en él. No había podido por casi un año, mover sus cosas de lugar, pero ya era tiempo de seguir adelante, así que había decidido cambiar los muebles de lugar y donar su ropa a la Iglesia para quien la necesitara. Las dos compartíamos eso de ser abandonadas por la única persona que nos acompañaba.

A los meses de compartir nuestra clandestinidad en mi dosis diaria necesaria para soportar la violencia que vivía en lo de Carmen y María sospechando mi historia por algunas frases que le había compartido sin exponerme demasiado para no ponernos en peligro, me propuso mudarme a su casa a cambio de ayudarla con las tareas del hogar. Ella estaba grande y la jubilación y pensión alcanzaba para las dos. Además tuve que hacer un pacto con Carmen, yo no la delataba y ella no tenía que mandarme los sicarios para callarme la boca. Ambas sabíamos el código del silencio.

A pesar de los años juntas y las soledades saldadas, María me agradece cada noche con su sonrisa de labios finitos y arrugados en sus años avanzados por haberla salvado, pero en

realidad la que me salvó fue ella. Y aunque podríamos haber vivido de sus ingresos mensuales, ella quería que salga a laburar para que cuando falte, sea alguien a quien puedan ver si se desvanece en la calle.

El pecho no me duele más, pero la garganta me carraspea por los tres cigarros seguidos que me fumé. Es la primera vez que voy a llegar tarde a trabajar. Pero quizás estos tres cigarros me hagan ver que el camino es un poco más lindo de caminar que antes y qué lindo es tener a María a mi lado.

Mas recompuesta, vuelvo unos pasos atrás y ella todavía sigue durmiendo. Pero encuentro en esa imagen desoladora, en sus manos en cruz cubiertas con las axilas, en esas medias rosas, en ese diario liviano: un sesgo de amorosidad consigo misma.

Trago saliva deseando que cada día, esa mujer de medias ajadas siga esperando por un día más de vida.

Retomo en dirección al trabajo aunque seguro mi jefe va a sancionarme, pero no me importa tanto, ahora sí siento ganas de ponerme ese uniforme y las calles ya no huelen tanto a hollín. No me quedan más cigarrillos, tiro el paquete vacío, me pongo manteca de cacao y continúo la caminata soñando en cómo transformarme en una María para otro que confie más en la compañía que en saciar la voracidad de alguien con migajas de culpa. Al fin y cabo, los salvavidas también pueden tener florcitas rojas y mirarte como si no fueses el paisaje.

La próxima María

Seudónimo: La próxima María
Autora: María Candela Fernández
Cañada de Gómez

CATEGORÍA CUENTO

PRESELECCIÓN

Caos - Mariela Chiurchiú

El día que dejé pasar dos deseos - Fernando Agostini

Paraíso - Javier Morello

Moreira, el gaucho muerto - Maximiliano Chiaverano

Tratado estético sobre la posteridad - Martín Truco

Momentos en el piso veinte - Alicia Ayosa

Nadie duerme en la Cañada. Diego Grazioso

Despertar - Rosa Lía Cuello

Semilla - Silvia Balbuena

Trampas - Silvia Lavié

La noche en que llegaron las fieras -
Valentina Barrionuevo

Preselección categoría cuento

Caos

Cuando Irene volvió a casa ese miércoles a la tardecita, Xavi ya se había bañado pero seguía envuelto en la toalla húmeda. El tintineo de las llaves le indicó que a la mujer le temblaban las manos aún más que lo habitual. En los últimos meses, un par de ojeras grisáceas se le habían instalado debajo de los ojos, y el maquillaje que se aplicaba con tanto esmero lograba apenas atenuar los rastros del padecimiento en su rostro. Xavi sabía perfectamente que él era el único motivo por el cual había decidido dar batalla hasta el final.

—He llegado, hijo. Ahora mismo empiezo con la comida.

—No hay apuro —gritó Xavi por encima del batifondo del secador—. ¿Estás bien?

—¡Qué pregunta! Ha sido la última sesión. ¿Y a ti cómo te ha ido en el insti?

—Solo repasamos para los exámenes. Arrancan la semana próxima, ¿te acuerdas?

—¡Es verdad! ¡Bendito sea Dios! Este cuatrimestre sí que ha pasado volando. Esperemos que, esta vez, puedas demostrar lo listo que eres, ¿verdad?

Mientras hablaba, Irene programaba el microondas, abría y cerraba las puertas de las alacenas y extraía todo lo necesario para la cena. Quince minutos más tarde, la comida estaba servida.

—Ven a la mesa rápido que hay menú especial. ¿Hueles? —Irene se quedó esperando una respuesta que no llegó—. Si te apetece, puedes cenar en pijama. Hoy se te perdona. ¡Toca festejar, hombre!

—Ya casi he terminado de ordenar.

—¿Que vas a ordenar? ¡Pues a festejar doblemente!

Xavi, de pie frente a la puerta balcón, se detuvo a observar la luna llena que delineaba los edificios con un trazo impecable y bañaba el callejón de palmo a palmo con su luz de plata líquida. Presintió la humedad viscosa del pavimento contra sus manos y su rostro y sintió una compresión en el estómago. Casi lo mismo que venía experimentando desde el primer día en este instituto. “¿Así que

al gillipollas este le gusta la lectura?" había sido el saludo de bienvenida del primero de sus compañeros. "¿También lees el directorio telefónico para adivinar quién es tu padre, bastardo?", había arremetido el segundo, más grandote, tosco y desgrefñado que el anterior.

Desde el inicio del cuatrimestre, Xavi había hecho un gran esfuerzo por ignorar las afrentas de ese tipo, y en vez de hacerles frente a los agresores, se zambullía en el mundo interior que su madre le había enseñado a construir con su imaginación. Día tras día soportaba en silencio los dardos verbales de compañeros que, según la hipocresía de los superiores, merecían ser respetados por más que no fueran amigos.

La primera situación que trascendió lo meramente verbal sucedió un mediodía después de clase. Su madre había ido a verlo durante un recreo y se habían despedido con un largo abrazo. "Mami lo viene a ver porque la extraña", escuchó mientras doblaba la esquina. Xavi giró sobre los talones y se encontró con un puño cerrado que no solo le rompió los anteojos recetados, sino que además le dejó la nariz sangrante y ambos ojos morados. Cuando Irene le preguntó qué le había sucedido, el chico le respondió que se había tropezado con los cordones y había ido a dar de frente contra una bicicleta.

—¡Pero ten más cuidado, hijo! Sabes que estoy desbordada. Si algo te pasara, ¿quién te cuidaría?

—le había advertido Irene mientras le curaba las heridas—. Ya encargaremos otro par de anteojos.

—No volverá a suceder, mamá —prometió Xavi.

Después vinieron los pisotones en la mochila, los útiles destrozados y los empujones en el baño. Al finalizar el cuatrimestre, su rendimiento en los exámenes no fue tan bueno como se esperaba. "Algunos de los estudiantes becados se han dejado ganar por la desidia en lugar de esforzarse por retribuir la generosidad del instituto", anunció la rectora una mañana. "El consejo de profesores ha resuelto que se revisará la situación de quienes reciben becas". Cuando al final del día fue a guardar los libros, dentro de su casillero encontró un papel escrito con tinta negra: un hombre-palito colgaba de una cuerda; los ojos, un par de cruces; la lengua, fuera de la boca; debajo, la palabra FRACASADO.

Ese mismo miércoles en que Xavi llegó a casa antes que Irene, la vuelta del instituto había sido más desoladora que de costumbre. El grupo de acosadores había ganado más adherentes, y uno de los nuevos se animó a gritarle que, si fuera él, no dudaría en acabar con su vida. Una oleada de rabia le subió por la garganta y le salió por la boca como un aullido desgarrador.

—¡LO QUE USTEDES HACEN ME IMPORTA UNA MIERDA! —rugió—. ¡MI MADRE SE ESTÁ MURIENDO!

Todos se quedaron inmóviles excepto uno, que lanzó una carcajada a la que nadie se plegó.

Xavi llegó a la puerta del edificio con la respiración entrecortada y un dolor agudo en el costado. Mientras subía los cinco pisos de escaleras, trataba de serenarse descargando un poco de angustia en cada pisotón. Abrió la puerta del departamento de un tirón, dejó la ropa desparramada por el cuarto y, sin esperar a que el agua de la ducha se templara, se metió bajo la lluvia helada. Con dedos temblorosos repasó las cicatrices de sus antebrazos una por una. Luego contuvo la respiración, apretó con fuerza la herida más reciente y exhaló, aliviado, al ver que de la muñeca derecha asomaba una línea que se prolongaba en un hilo rojo vacilante. Terminó de bañarse y reflexionó sobre la ironía del caos que estaba atravesando. Pensó en su madre, quien se sometía a docenas de tratamientos inútiles para prolongar su vida. También pensó en él. Aún envuelto en la toalla, abrió la puerta balcón que daba a la calle, fijó la mirada en la luna y sintió que, en vez de asomarse al balcón, se asomaba a un déjà vu del futuro..

—¡La comida se enfría, cariño!

Al no recibir respuesta, Irene se asomó al pasillo y vio que las cortinas del balcón se agitaban en la brisa fría del anochecer.

—Empieza, mamá, que ya casi termino de ordenar este caos.

Seudónimo

CORAZÓN DE CRISTAL

**Autora: Mariela Chiurchiú
Cañada de Gómez**

Preselección categoría cuento

El día que dejé pasar dos deseos

Martes 22 de julio de 2025

“En la madrugada de este viernes, una estrella fugaz atravesará el cielo de la ciudad. Según los astrónomos, este fenómeno será solo un instante de disfrute para los espectadores; aunque, para los viejos creyentes, este será el momento perfecto para pedir tres deseos”.

—¿Escuchaste eso, Gerardo?

—Sí, Estela. Me parece una estupidez.

—¿Una estupidez? Estúpido serás vos, que no creés en nada.

Me sorprendió el comentario de mi madre.

—Si vos no te das cuenta que todo eso es una mentira, es tu problema, no el mío —Mi padre levantó el tono de voz.

—Sos un odioso. Ese es tu problema.

Para evitar que la cena se vea interrumpida por la discusión, apagué la televisión de inmediato.

Terminada la sobremesa, todos nos fuimos a dormir; sin embargo, yo no podía dejar de pensar en la estrella fugaz que pasaría el viernes.

Miércoles 23 de julio de 2025

Me levanté a desayunar un poco cansada: aquella noche había decidido, aun sabiendo las consecuencias, suspender unas cuantas horas de sueño para pensar en los tres deseos que le pediría a la estrella fugaz, sin contarle nada a mi padre. De todas maneras, por el momento, no se me había ocurrido nada interesante.

Gerardo se encontraba sentado en el sillón, con la tasa de café en una mano y el diario en la otra (a pesar de las fuertes insistencias de mi madre para que se modernice, él seguía comprando el diario todos los días).

—Mirá esto, Estela. El primer titular del diario: “Una estrella fugaz que concederá tres deseos se podrá vislumbrar en la madrugada de este viernes”.

—Te persigue la noticia, Gerardo. En una de esas, el viernes, salís a pedir tres deseos.

—Jamás le pediría un deseo a una estrella fugaz. Eso es para sonsos —respondió, acompañando la oración que salió de su boca con una carcajada burlona.

Dejé mi desayuno por la mitad al escuchar su comentario. A punto de estallar contra él, cargué mi mochila en la espalda, y me quedé esperando mi viaje al colegio.

Mi madre subió al auto angustiada, y lo pude percibir en su mirada: ella sabía que yo estaba muy entusiasmada por la estrella fugaz, y no quería verme así por los comentarios de mi padre.

Durante el viaje, tanto de ida como de vuelta, fui anotando en mi libreta personal un listado de deseos para pedir. A veces, solía escribir algunas cosas que mi madre no llegaba a ver de reojo, y tacharlas segundos más tarde, porque se me habían ocurrido otras mejores.

Jueves 24 de julio de 2025

Había plasmado todos los deseos que quería pedirle a la estrella fugaz. De vez en cuando, me olvidaba que la cantidad era limitada y que, a fuerza mayor, iba a tener que quedarme con solo tres.

Por alguna extraña razón, mi padre volvió del trabajo más temprano de lo habitual. Sin siquiera golpear la puerta, entró a mi habitación.

—Volví.

Lo miré con miedo, y escondí mi libreta por debajo de las sábanas.

—¿Estás escondiendo algo? —preguntó, mientras se acercaba a mi cama—. Quiero creer que no sos tan sonsa como para haberte anotado deseos en una hoja.

Le respondí moviendo la cabeza de un lado a otro.

Él exigió que me levante, para comprobar que no le estaba mintiendo.

Cuando la vio, sin pensarlo dos veces, la agarró con furia, le arrancó los deseos y, haciéndolos un boyo, los tiró al tacho de basura.

—¡En esta casa se terminó todo lo relacionado con la estrella fugaz del viernes! —gritó en mi oído— ¡Estoy harto!

Apenas salió de mi habitación, me eché a llorar a escondidas, sin entender el porqué de su enojo.

Viernes 25 de julio de 2025

Sentada en la cama, custodiaba mi libreta, ansiosa por ver la estrella fugaz que ya estaba a punto de pasar.

El teléfono de la casa sonó raramente. Mi madre, sin descuidar la cena que le estaba preparando a mi padre para la vuelta del trabajo, se encaminó a atenderlo.

—Gerardo es mi marido. No me asuste. ¿Qué le pasó?

A mí, que estaba escuchando con una oreja pegada a la puerta de mi habitación, me comenzó a latir el corazón más rápido de lo normal.

—¿Y en qué hospital está? —preguntó mi madre.

Con el escaso ánimo que me quedaba, corrí hacia la vereda, direccioné mis pupilas hacia el cielo y pedí un solo deseo.

Aquel viernes por la tarde, contra toda explicación científica (y contra todos los pronósticos de los médicos que lo habían atendido), mi padre se encontraba con vida, recostado en la cama de su casa, recuperándose poco a poco.

Nunca nadie supo qué fue lo que sacó a Gerardo del estado crítico en el que se encontraba esa madrugada. Algunos dicen que fue la rapidez con la que llegó al hospital, otros dicen que fue el gran trabajo de los médicos de guardia, y unos cuantos valientes se animan a afirmar que fue solo casualidad.

Aquella noche me sobraron dos deseos, aunque nunca me arrepentí de haberlos dejado pasar: en realidad, mi intención fue condensar, en un solo deseo, la fuerza de los tres.

Orión

**Seudónimo: Orión - Autor: Fernando Agostini
Salto Grande**

Preselección categoría cuento

Paraíso

*"Fácilmente aceptamos la realidad,
acaso porque intuimos que nada es real."
El Inmortal - J. L. Borges*

Dos circunstancias fundacionales le signaron la suerte: una fue La Fe, la otra la calderería. Virtud Teologal la primera, había encarnado en él desde muy pequeño; y desde entonces, como cada mañana, de la mano del bello hábito matutino de la oración se dirige hacia la iglesia de San Felipe Neri.

Si bien Dios lo habita todo, el cielo siempre le pareció más cercano desde allí; ya que su madre, piadosa y devota, en su diario trajín con lo infinito le había enlazado el alma a las alturas ni bien sus pies le permitieron incorporarse.

Tan efectivos como lejanos, los tiempos de Riudoms y la búsqueda de la salud —cuando las fiebres reumáticas lamían articulaciones y mordían el corazón— lo alejaron de escuelas y clases para depositarlo en el campo, a la vera de su padre, donde las bondades del trabajo y la calderería rápidamente lo tomarían por asalto: y allí, la transformación de las superficies en volumen, desbocarían su imaginación espacial hacia límites insospechados. Indudablemente, nada es casual.

Ahora es el inicio de la mañana. El aire fresco, el sol en la cara y la gente, lo demoran en fragancias, formas, colores y palabras; pero, la cada vez más rara virtud de la puntualidad, le exige apurar el paso.

A unas cuabras de distancia ya había quedado la Gran Vía de Barcelona y el incidente con el tranvía: su moderna y novedosa marcha eléctrica los hacía ahora ciertamente silenciosos; y sin

haber alcanzado aún lugar seguro en el otro lado de la calle, en breve descuido, la desmesurada caja rodante lo golpea a la altura de los hombros derribándolo. Le parece percibir el peso de unas ruedas transitarlo rápidamente, pero no era posible, ya ningún tipo de dolor vino a anticiparle tamaña fatalidad; entonces, levantándose de un salto, toma la gorra y golpea con ella sus ropas para quitarles el polvo del camino y continuar así con su marcha.

La gente lo observa como extrañada, o quizá, con exagerado respeto –ese respeto que suele generar distancia-, al tiempo que murmura cosas ininteligibles. Solo unas pocas palabras le llegan al oído con claridad de frase: “El arquitecto de Dios”. Una rígida mueca, emulación de una incompleta sonrisa, acentúa en él la certeza de que la gente repite todo clase de tonterías. Por suerte, Felipe Neri ya estaba allí: la alta y oscura puerta de madera de doble hoja, coronada por la figura en piedra del Santo, sostenido sobre un adornado dintel curvo.

Se quitó la gorra, y al empujar la hoja móvil de la puerta le pareció oír la voz de una trompeta¹, o tal vez, la bocina de un auto abandonando la cercana esquina. En otras circunstancias no hubiera dudado en tal disquisición, pero la luz que lo envolvió desde el otro lado, la misma que le apretara los párpados y a modo de visera le elevara su mano derecha para protegerle los ojos, paradójicamente oscureció por un momento su capacidad de juicio. Al instante, con voz de Arcángel y con voz de mando, la apacible calidez de la inundante Luz se dirige a él: pase Gaudí², pase, no se quede ahí; lo estaba esperando. Hace rato discutía un proyecto con los señores; y no me va a creer: con urgencia, necesitaba su opinión.

Quienes de espaldas estaban, con ojos enrojecidos de claridades, Bounarroti³, Suger⁴ y Brunelleschi⁵, sin pronunciar palabra alguna, convergen en él lentamente sus miradas.

¹ Tesalonicenses 4:16 – Biblia Católica (Latinoamericana)

² Antoni Gaudí

³ Miguel Ángel Bounarroti

⁴ Abbot Suger

⁵ Filippo Brunelleschi

**Seudónimo: Dante Ferré - Autor: Javier Morello
San Jerónimo Sud**

— Preselección categoría cuento¹

*Como fiera perseguida
piso una senda de abrojos,
sin sueño para mis ojos,
ni venda para mi herida;
sin descanso ni guarida,
ni esperanza, ni piedad,
y en fúnebre soledad
a mi dolor amarrado,
voy a la muerte arrastrado
por mi propia tempestad.*

R. Gutiérrez.- Lázaro

MOREIRA, EL GAUCHO MUERTO

Episodio 0: La muerte y el otro

Tras muchos duelos sobreviví, enfrenté hasta de a diez canas, ahuyenté a más de un matrero, escapé de las tolderías del gran cacique. Pero un día... un día me traicionaron. En un enfrentamiento sangriento y desigual, unos cerdos armados hasta los dientes me cercaron. Me pusieron una trampa.

Esa vez fue una suerte de final, no pude cuerpiar los chumbos, ni gambetear los plomos. Con mi último aliento antes de espichar, hice dos cosas: maldije a mis asesinos y me encomendé al tata Dios. Después esperé que la muerte me engullera como la boca negra de un lobo y se terminara de una vez.

Pero eso no pasó.

Todo se puso en blanco y negro. Los canas que me habían amasijao con sus armas se congelaron, quedaron tiesos como palos. Allá arriba un carancho se congeló en medio del vuelo. No soplaban una brisa. El tiempo se había parado. Lo único que se movía como un río era mi sangre; mis achuras, todas agujereadas, dolían como la mierda. Pensé en mi madre y en sus santos, y en su Jesús y en sus vírgenes... Y me ref. Tosí. Escupí un gergajo e' sangre.

-¡Aura qué, carajo!

Pero no fueron los santos quienes respondieron, ni la muerte me vino a morfar. Quizá porque allá arriba no me querían. ¡Qué iban a querer a un hijo e' puta como yo!

-No, no te quieren allá, Moreira -, dijo una voz rasposa. Esa voz era la del otro, "el malo", sí, esa voz de cabra vieja era la de Mandinga. No necesitaba confirmarme na'. Era y punto. -Sí Moreira, soy yo.

Del dolor y el julepe que tenía me quedé bien quietito. Cuando hablé, no parecía yo, era la voz de un cobarde: temblorosa, débil, nerviosa.

-Ya estiré la jeta ¿verdá? Y usted me va a llevar pa' sus pagos...

La cabra se me acercó caminando en dos patas, sus pasitos crujían sobre la escarcha. Le salía vapor de las narices, y debajo del hocico algo así como una risa.

-Todavía no, Moreira. Todavía no. Te falta hacer cosas por acá...

Iba a preguntarle qué cosas, pero ya no estaba ahí. El muy cabrón no me dejó morir, pero tampoco me dejó vivir. Me abandonó entremedio... y solo, en fúnebre soledad... con un malón de preguntas sin respuesta.

Mis heridas sanaron muy rápido. Cosa e' Mandinga, como dicen. Pronto ya no sentía dolor. Entre otras cosas que dejé de sentir...

Me quedé un rato ahí sentao en el suelo, antes que el mundo siguiera su curso. Volví a encasquetarme el sombrero, me levanté y recuperé mi daga de entre los yuyos. Di unos pasos, a los tumbos, como empedado, y me choqué con algo. Pensando que era un bicho lo manoteé. Estaba caliente, era metálico y se movía lento hacia adelante. Por más que traté, no pude arrancarlo de su camino por el aire, seguro que iba derecho pa' mis cueros. Noté unos cuantos "bichos" de metal flotando en la misma dirección.

Eché una mirada alrededor, contando unos diez milicos. Algunos con el brazo estirao, gatillando sus fierros. El humo de la pólvora flotaba como pintao en el aire alrededor de los cañones. Miré al tipo que tenía más cerca, sus ojos seguían fijos en el lugar donde yo había estado tirao como un trapo. Le pasé la mano por enfrente pero ni se mosqueó. Vi gotas de sangre sin acabar de caer de la hoja de la bayoneta. Mi sangre.

-Así que vos sos el hijo e' puta que me ensartó la bayoneta...- susurré con saña. Iba a devolverle el favor, pero algo me detuvo. Más allá, pasando la tranquera, entre el pastizal, parpadeó una luz blanca. Tenía forma de bola y flotaba sobre la maleza escarchada. Llamaba la atención porque era lo único que se movía del paisaje. Las piernas se me fueron solas, a pesar de que bien podría ser el diablo de nuevo, haciéndome una jugarreta, riéndose de mí. Pero jui igual nomás, salté la tranquera, me adentré en el campo, apartando los pastos, que quedaron ladeaos, fijos como rulo de estatua. Pero ahí, esa pelota de luz se movía despacito, pa' arriba y pa' abajo, parpadeando, sin nada adentro, un fantasma.

-Yo sé lo que sos vos... Vos sos la luz mala... -le dije con seguridad, pero cagao hasta las patas.

Por supuesto, no me respondió nada. En cambio, se movió pa' adentro del campo, despacito, avanzó unos cuantos pasos más allá y ahí volvió a frenarse. Entonces yo también

caminé pal' mismo lao'. Y en cuanto llegué cerca, la luz mala se alejó. Así seguimos los dos por un largo rato, en un tire y afloje: yo avanzaba y ella se alejaba, como con timidez. Pero no era timidez, no señor, una luz mala no podía ser tímida. Ella quería que la siguiera. Y la seguí.

Allá voy todas las noches, con media cara cubierta por harapos deshilachados que ya no se gastan. Mitá muertos, mitá vivos, como yo.

Guiado por una luz mala que me indica dónde poner mis pasos. Allá voy toditas las noches, sin ser tocado por el tiempo, ni por el dolor, viendo nacimientos y muertes en un ciclo interminable.

Allá voy, toditas las noches a cambiar mi destino.

Antes, cuando respiraba, cuando era un purrete y laburaba como resero, me llamaban Juancito. Después fui "el temible", el "guapo". Pero ahora... no soy nada más que Moreira, el gaucho muerto.

Fin

**Seudónimo: Borealis - Autor: Maximiliano Chiaverano
Cañada de Gómez**

Preselección categoría cuento

Tratado estético sobre la posteridad

Algún día me voy a morir, esa es la única certeza que tengo. Tampoco es un gran descubrimiento del que voy a andar sacando chapa, me voy a morir como se mueren todos. Bah, como se mueren todos no, porque quizás alguno podría entender que estoy diciendo que nos vamos a morir todos de la misma manera, y no, nos morimos todos distinto. Algunos parecidos, pero distinto.

Y cuando llegue ese momento alguien va a elegir una foto mía. No es fácil elegir la foto con la que uno va a quedar impreso en piedra.

Ni siquiera estoy muerto todavía, y ya estoy preocupado por cómo me van a recordar. ¿Pero ojo que esto no es vanidad eh? Es control de daños. Porque yo no le temo al olvido, sino a ser mal interpretado desde una imagen congelada para la eternidad.

Así que algún día, cuando corresponda, entre todas las fotos posibles, una persona —algún pariente si es que todavía alguno me habla— va a señalar una y decir: “Esta. Esta es la que va en la lápida”.

Y yo no voy a poder hacer absolutamente nada al respecto. Ni una queja, ni una mueca, nada. Ni esbozar una leve protesta levantando la mano desde el ataúd, ni mandarle un mensaje desde el más allá: “¿En serio elegiste esa foto? ¿Justo esa? ¿No ves que la camisa está arrugada y el cuello mal planchado? ¿No ves la mancha de salsa arriba del bolsillo del saco? ¿No ves la cara de culo que tengo?”

No. Porque ya voy a estar bien muerto. Y eso es lo que más bronca me da.

¿Y si se preguntan qué estaba pensando en ese momento? Porque la gente hace eso frente a una lápida: mira la foto y se inventa una historia.

Van a decir: 'Parece tranquilo, seguro estaba en paz con su vida.'

Mentira.

Estaba en el banco, puteando por una cola de una hora y media esperando que un salame deje de hacer consultas en el homebanking, con el estómago vacío y la presión por el piso. Esa cara no es serenidad: es hipoglucemia.

La mayoría que deja esa elección en manos de sus deudos mira cómo terminan: fotos del carnet de conducir, con fondo celeste y expresión de preso recién detenido.

No es que me importe mucho que me recuerden, pero si lo van a hacer, al menos háganlo con dignidad.

¿Una foto sonriendo? Por favor.

¿Una de cumpleaños? ¡Pero no! Las fotos de cumpleaños son el equivalente visual de una mentira piadosa. Todo el mundo con cara de felicidad obligatoria, abrazando a gente que ni soporta. ¿Esa es la imagen que va a decir “aquí yace”? No, gracias.

En esas fotos siempre salgo como si estuviera simulando que me importa el relleno de la torta, cuando en realidad estoy tratando de recordar si saqué al perro ante de irme de la casa, porque es un caniche el perro, y todos sabemos que si hay una cualidad única que tienen los caniches es la capacidad de mear toda la materia creada y por crear en el universo.

El problema es que no hay una foto que me represente. Porque toda foto es una trampa. Es un recorte de un segundo que no dice nada, no te transporta a la situación real que se estaba viviendo en ese mismo momento.

¿Esa en la que levanto un vaso? Parece que estoy brindando por la vida.

Mentira. Estábamos filosofando sobre política y ni siquiera nos acordábamos si estábamos a favor o en contra, discutiendo con un tipo que escupía al hablar, y lo único que pensaba era si fingir un infarto me liberaría más rápido de esa discusión estúpida.

Pero claro, ahí estoy, sonriendo como un imbécil, con la cabeza inclinada y la mirada perdida, con una felicidad propia de propaganda televisiva de enjuague bucal.

¿Y esta otra? Ojos abiertos, cara de entusiasmo. Me acuerdo bien: alguien me preguntaba por mi trabajo y yo no sabía cómo explicar lo deprimido que estaba...

Eso es lo que la foto no muestra. Pero va a quedar ahí, eterna, como si estuviera contando el gol de Maradona a los ingleses. Y no, lo único que estaba pensando era “¿Porque no me fui a la mierda cuando tuve la oportunidad?”

La peor de todas es la que me sacó Marta, en una reunión de la vecinal. Estoy ahí, con esa expresión de “no me interesa absolutamente nada de lo que está pasando, pero me dijeron que sonría y acá estoy, como un rehén con filtro de Instagram”.

Es la cara de un tipo que está en modo piloto automático, que ya apagó el alma hace media hora, pero aún no logró encontrar la salida sin que lo noten.

Ojo que muchas veces voy al cementerio. No porque me guste —no soy tan morboso todavía—, sino porque necesito tomar nota.

Observar.

Y lo que uno ve ahí es una galería de errores eternos.

Nombres que ya nacen condenados al ridículo.

Cleofoldia T. Benítez de Aragón.

Zoilo Fortunato Gómez.

Dámaso Aurelio del Corazón de Jesús.

Gente que tal vez fue respetable en vida, pero ahora es parte del repertorio cómico de los relatores de muertos. Rodeados de flores de plástico que solo acumulan tierra y olvido.

Y claro, el miedo se instala: ¿qué pasa si alguien se ríe del nombre de Cleofoldia y, al girar la cabeza, me ve a mí?

Ahí, con mi cara de resaca o de enojo porque el tipo que vende pan casero de chicharrón interrumpió la siesta a timbrazo limpio.

Se pierde el respeto. Hay risas. Hay un dedo señalando y un murmullo por lo bajo. Quizás hasta una selfie con filtro de perrito.

Y encima esa foto va a quedar ahí. Para siempre.

O bueno, hasta que venga un ladri con un cortafierros oxidado y un martillo y se afane la plaqueta de bronce.

Que, dicho sea de paso, ¿qué clase de homenaje es ese?

Ni siquiera puedo confiar en que el mármol me respete por toda la eternidad.

Una vida entera reducida a una cara congelada y un chapita atornillada con fe mientras una escalera espera apoyada anda a saber que...

MCD TRUCCO

**Seudónimo: MCD Trucco - Autor: Martín Truco
Cañada de Gómez**

pág. 3

Preselección categoría cuento

Momentos en el piso veinte

Estamos solos, y muy cerca. El ascensor comienza a subir hacia el piso veinte. Lo tengo a mi costado y siento su respirar. Ya al encontrarnos nos miramos sabiéndonos cómplices en esta aventura.

Siento miedo. Quizás la infidelidad se me note en el rostro.

Aún así debo hacerlo, una parte de mí lo pide. Me supera la ansiedad y este pequeño viaje hacia el piso veinte me inquieta el cuerpo.

Miro los números mientras mi piel se inquieta debajo del pulóver blanco.

Creo que él se ríe. Estoy segura que se ríe. No quiero pensar a cuántas mujeres ya acostó en su cama. No me importa.

Su aliento besa mi nuca y su mano recorre mi espalda. Es suave la caricia y promete. Cierro los ojos y veo a mi cuerpo, siento vergüenza. ¿Podré desnudarme sin temores? Santiago siempre me hace el amor con la luz apagada, claro que con él llevamos diez años de casados y nos conocemos casi de memoria.

El ascensor se detiene en el piso quince y vuelve a tocarme. Me roza con su cuerpo, cuando una mujer con cara seria entra apurada. Giro apenas y nuestras miradas se encuentran. El deseo habla y me sonrío con malicia.

Percibo sus ganas porque hábilmente, sin que la mujer observe, me va cercando hacia el rincón. Sus ojos están más azules que de costumbre. ¡Me gusta tanto!

Me sobresalta el ruido de la puerta y salimos hacia el pasillo. Apenas el ascensor reanuda su marcha toma mi brazo suavemente. Cuando me invita a entrar al departamento finjo

observar cualquier detalle ocultando el escalofrío que me recorre. Me alcanza en medio de la sala, "no tengas miedo, no va a pasar nada que no quieras", dice. Besa mis labios mientras me quita el tapado y siento un cosquilleo que me asegura que ya no voy a escapar. Un impulso de ternura me hace acariciarlo y entonces se ríe, aprisionando mis dedos con su boca.

Al ver la puerta abierta del dormitorio, camino hacia allí. Me detiene preguntando: "¿estás apurada?" El rubor enciende mis mejillas. No quiero pensar lo estúpida o calentona que debo parecerle. Y esto me sucede por esa maldita costumbre de esperar a Santiago en la cama.

"No sientas vergüenza, vení" y extiende la mano. Después me dice "me gustás mucho". Se lo creo. Me vuelve loca, pero ya no tengo miedo.

Dejo que mis dedos jueguen con su nuca deteniéndome de a poco. Va hacia la cama y pronuncia mi nombre, entonces camino hacia él sin resistencia. Estoy loca me digo, reloca. Lo dejo apretarme la cintura. Me obsesiona su pelo. Sus manos buscan en la desnudez de mi espalda, suben y bajan. El pulóver intenta salirse cuando sus dedos descubren mis pechos temerosos. "Me gustás", repite, "me gustás mucho"

Lo dejo quitarme la ropa con las luces encendidas, es algo nuevo para mí, algo hermoso, mientras excitada le desabrocho la camisa acariciando su pecho desnudo.

Sus manos casi me lastiman, buscan y encuentran. La sangre se enciende y me alborota. Su boca recorre mi cuerpo y desvergonzadamente me río disfrutando con placer de estas nuevas caricias. Lo quiero ya. Me siento feliz, enloquecida, mientras reímos girando semidesnudos en la cama.

Casi no hay palabras, sigo su ritmo como si nos conociéramos desde siempre. El goce me

desarma, siento estallar dentro de mí una corriente de delirio, que me lleva a recorrer su cuerpo con mi boca, devolviendo todas las caricias.

Un espejo muestra mi figura, me gusta perder mis tabúes de esta forma tan atrevida. Descubro otra faceta mía, la pasión me ha convertido en una loca que grita en el momento de sentirse penetrada de esta forma irrespetuosa y frenética.

Después, transpirados y exhaustos nos quedamos mirándonos. Necesito apretar su mano para saber que fue real. Sin embargo, la figura de Santiago cruza por mi mente ubicándome en la realidad.

Estuvo hermoso, le digo, pero, no podremos vernos más, no quiero problemas con mi marido. Él no contesta. Solamente me ofrece un trago. Después, mientras me mira, responde, "si lo querés así..."

Me visto frente al espejo mientras descubro que mi rostro, el rostro que veo, no refleja vergüenza ni miedo. Quizás la infidelidad quedó escondida en algún rincón de este departamento.

"Salí vos primero, por las dudas", y le obedezco. Al llegar al ascensor me alcanza para darme un beso mientras susurra en mi oído "Pensálo, me gustaría que nos encontráramos el viernes". Lo miro, ganas no me faltan, disfruté demasiadas sensaciones para un único día. Pero el recuerdo de Santiago y los chicos me obligan a desistir de esta locura.

Confundida, subo al ascensor y sé que lo sorprendo porque, antes de cerrar la puerta mi voz lo detiene en el medio del pasillo. "A las tres, ¿te parece bien?". Y rápidamente aprieto el botón de planta baja.

**Seudónimo: Artemisa - Autora: Alicia Ayosa
Cañada de Gómez**

Artemisa

Preselección categoría cuento

Nadie Duerme En La Cañada

La Cañada era un pueblito olvidado entre los campos secos del sur santafesino. Apenas unas casas dispersas, un almacén que cerraba temprano y un silencio inquietante que parecía hacerse más denso al caer la noche. El comisario Marcos Del Río había sido trasladado allí tras un incidente en la ciudad, donde su carrera se había truncado.

Al llegar, el sargento Olmos, el agente más veterano, lo recibió con una mirada firme y una advertencia clara:

—Si escuchas gritos por la noche o alguien llama después de la medianoche, no salgas ni abras la puerta.

Del Río no le dio demasiada importancia hasta que, semanas después, Clara Ramos, una joven del pueblo, desapareció sin dejar rastro. Su novio, Leandro, aseguró que habían discutido, que ella salió corriendo hacia la vieja escuela clausurada desde 1991, un edificio envuelto en leyendas y tragedias. Pero nadie volvió a verla.

Las cámaras del almacén registraron la figura de Clara yéndose rápidamente, y Del Río decidió ir a inspeccionar la escuela durante el día. Entre paredes cubiertas de polvo y recuerdos olvidados, encontró una inscripción reciente escrita con tiza sobre un pizarrón: “Ella no está sola.”

Esa misma noche, cuando el pueblo dormía profundo, un golpe seco sacudió la puerta de la comisaría. Al abrir, no había nadie, pero sobre el escritorio apareció una bufanda roja, idéntica a la que Clara llevaba el día de su desaparición.

El cura ciego del pueblo, Don Vicente, compartió una historia que pocos se atrevían a mencionar: cinco niños desaparecieron en esa escuela hace treinta años y el maestro se suicidó poco después, sin que nadie investigara a fondo.

Intrigado y desconfiado, Del Río solicitó los archivos oficiales, pero le fueron negados bajo estrictas órdenes superiores. Sin rendirse, volvió a la escuela, esta vez con una grabadora en mano. En el silencio absoluto, escuchó lo que parecía ser el eco de pasos infantiles y, de pronto, la tiza comenzó a escribir sola en el pizarrón: “Cinco se quedaron. Clara también.”

Con renovada determinación, reabrió la investigación y ordenó excavar bajo el aula principal. Lo que encontraron fue aterrador: un pozo sellado con restos humanos. Cinco niños torturados y, más reciente, el cuerpo de Clara, con signos claros de lucha. El pozo había permanecido oculto por décadas.

Nadie pudo explicar cómo Clara terminó allí. No había señales de ingreso forzado, ni huellas, ni rastros que indicaran que alguien la hubiese llevado por la fuerza. Pero en su muñeca izquierda encontraron una pulsera escolar, antigua, con el nombre grabado de uno de los cinco niños desaparecidos en 1991. El cura, con voz baja y temblorosa, sentenció:

—A veces, los que no descansan arrastran a alguien más para no estar solos.

Con el corazón pesado, Del Río presentó su renuncia y abandonó La Cañada. Antes de partir, miró al sargento Olmos y admitió:

—Tenías razón.

Esa misma noche, un nuevo comisario llegó al pueblo. Cuando el reloj marcaba la hora en que el silencio es más profundo, alguien golpeó la puerta. Una voz infantil, apenas un susurro, preguntó:

“¿Querés jugar con nosotros?”

FIN

- BRUMA

Seudónimo: Bruma
Autor: Diego Grazioso
Armstrong

~~Preselección~~ categoría cuento

AYLA

DESPERTAR

Despertó confundido en un minúsculo bosque donde había unas extrañas lápidas cuya parte superior se hallaba redondeada y la frontal llena de raros dibujos. Un poco de sol, que se escapaba entre las ramas de los árboles le había dado de lleno sobre los ojos, que intentaban comenzar a abrirse. Al separarlos la luz le hirió haciendo que estos le dolieran, como si hiciera mucho tiempo que los mantenía cerrados.

Se dio cuenta que estaba acostado sobre uno de los montículos de tierra al que pertenecía una de las esferas discoidales. Trató de levantarse rápidamente. El miedo se apoderó de él. Había escuchado muchas historias sobre tumbas y cruces en la noche anterior.

Trató de recordar qué había pasado. Cuando logró incorporarse, con dolor en todo el cuerpo, especialmente en el pecho, buscó con la mirada un camino que lo llevara a alguna parte.

La mujer corría por el bosque perseguida por el hombre, yo los vi. Ella gritaba cada vez más despacio, parecía que le faltaba el aire. Llevaba su ropa desgarrada.

¡Qué importancia tiene padre, lo que yo hacía en ese lugar! La gitana tropezó con unas ramas y cayó pesadamente. Creo que golpeó su cabeza y quedó atontada. Él se fue acercando con una sonrisa en los labios. La golpeó cuando quiso levantarse, yo noté la sangre que salía de su boca y le manchaba la blusa blanca, que estaba sucia por el revolcón. Me asusté. No podía moverme tuve terror, cuando lo observé me hallaba escondido detrás de un gran árbol, primero la gozó, y luego apretó su cuello, hasta que ella quedó inmóvil. Después quiso alejarse. Pero estaba como perdido, no encontraba el camino.

Deambuló entre los árboles del pequeño bosque y entre las piedras que orillaban el lugar, pero cuando creía que iba a hallar la salida, todo parecía cambiar de forma y algo obstruía su paso.

haciéndolo retroceder. Intentó de muchas maneras llegar a la comarca que, de a ratos, divisaba entre los árboles, pero fue imposible.

Comenzaba a oscurecer. Buscó en sus bolsillos no sabía qué. ¿Fósforos? ¿Cigarrillos?

No recordaba si tuvo algo de eso alguna vez.

Creo que me llamo... juraría que Santiago, pero no estoy seguro, pensó.

¿Qué estoy haciendo acá?

¡Cómo que me deje de decir tonterías para justificar mi tardanza! Yo vi que la corría mientras ella lo maldecía. Le gritaba que nunca podría salir de ese infierno, si algo le pasaba a ella, que la historia se repetiría, entonces él hizo todo lo que le dije y la mató. Qué son cuentos del pasado que vienen repitiendo de padres a hijos. Es cierto, créame

¿qué mañana no me deja ir al pueblo? Está bien, pero averigüe. Yo lo presencié.

La oscuridad parecía ensañarse con el hombre. Deseaba recordar. De pronto apareció una mujer que corría entre las tumbas y se encontró persiguiéndola, Sin saber por qué. Ella maldecía a viva voz, de pronto cayó y se vio golpeándola, manchándose con su sangre. No quería hacerlo ¡No más! pero era más fuerte. Tuvo conciencia de haber vivido antes esos momentos, mientras apretaba su cuello hasta dejarla inerte. Luego empezó a caminar para escapar del bosque. Fue inútil, a cada paso que daba hallaba un obstáculo que lo hacía volver una y otra vez al mismo lugar.

Cansado, decidió acostarse sobre uno de los montículos de tierra y se quedó dormido.

Despertó confundido en un minúsculo bosque junto a unas extrañas lápidas cuya parte superior era redondeada y la frontal llena de raros dibujos...

**Seudónimo: Ayla - Autora: Rosa Lía Cuello
Cañada de Gómez**

Preselección categoría cuento

Semilla

Danzando en el viento camuflada de semilla te busqué, deseosa de sembrar mis sueños en tus sueños. Los encontré tan laberínticos, tan desconocidos, tan esquivos.

Aun así, ahí, donde te encontré, audaz, ígnea, me sembré.

En vanas esperas de mis brotes en vos, me fui secando. Fue un sembradío inútil mis ilusiones en tu ser lábil, yermo.

Insistí. Con la frágil validez de mis lágrimas, regué tus páramos infértiles para mi semilla.

Te miro con el alma callada. Ni un atisbo de vida. Ni un brillo. Ni un suspiro.

Es levedad vana mi esperanza.

Seudónimo: Trigal

Seudónimo: Trigal
Autora: Silvia Balbuena
Rosario

Preselección categoría cuento

TRAMPAS

El despertador no sonó, por lo que saltó de la cama a las puteadas, al ver la hora que era y lo tarde que llegaría a su trabajo si no se apuraba. No tuvo tiempo de desayunar y ni siquiera pudo prepararse alguna infusión para ir tomando en el tren camino al hospital. Se puso el ambo con dibujitos, manoteó la mochila y salió corriendo a la estación.

El tren de hoy no es el que usualmente utiliza, y ve nuevas caras a las que se cruza cotidianamente, porque, aunque viva en una ciudad capital, son muchos los que coinciden en tiempo y transporte para moverse en ciertos horarios.

Sentada en el tren le gusta imaginarse la vida de cada uno de aquellos que más cerquita de ella están, y que viajan a menudo compartiendo vagón.

Una empleada doméstica con un vida humilde pero cálida. una piba que estudia filosofía y letras, un flaco que trabaja en algún estudio jurídico o es arbolito en calle Corrientes, nunca se sabe con los que visten de traje, un abuelo que va a visitar al amor de su vida que está internada en un geriátrico, varios jóvenes que van a la escuela secundaria, una chica que no sabe cómo va a hacer para alimentar a sus hijos hoy porque no tiene trabajo y no consigue nada, otra ilusionada porque estuvo hasta altas horas de la noche hablando por wsp con el que le gusta, y así, va poniendo nombres, armando familias imaginarias, creando historias que hacen que el viaje sea mas llevadero y el tren parezca más veloz.

Al quedarse dormida, y al tomar otro servicio, se encuentra con un mundo nuevo por crear, y la entusiasmo pensar que rostros va a encontrar en este viaje azaroso. Toda una aventura.

Se sienta, coloca su mochila por delante agarrada bien fuerte, y se dispone a observar a quienes tiene sentados en la hilera de enfrente y parados en su área de cobertura. Pero le llama la atención un hombre, rondando los 40 años, que va cabizbajo, con la mirada entre triste y preocupada, vestido de jeans, pullover y zapatillas, todo muy prolijo y en impecable estado, con un morral donde supone que lleva su notebook. Podría tratarse de un administrativo, un comerciante o un profesor, según sus estereotipos de creación de vidas ajenas.

Intenta mirar otras caras para seguir con su habilidad, pero no puede dejar de observarlo y cuestionarse sobre él, hay algo que la interpela y no llega a descifrar que es.

El tren detiene la marcha en su estación y, casualmente, ambos descienden ahí. Ella sale a las corridas para llegar a tiempo a su trabajo y él toma el mismo rumbo. La sigue en el trayecto, a una distancia normal, pero como toda mujer, ella está alerta porque todo es sospechoso en este mundo que vivimos donde podemos ser víctimas de tantas atrocidades sin importar hora, lugar, edad ni horario.

El hospital no queda lejos de la estación, son solo 5 cuadras así que llega a destino, e ingresa dirigiéndose al sector por donde entran los empleados. Mira de soslayo y ve que su compañero de viaje también entra al hospital, mezclándose con la gente, en el inmenso pasillo.

Hace varios años que trabaja acá como enfermera pediátrica. Ha visto pasar tantas criaturas y sus familias. Ha escuchado tantas historias de vida, tantos ruegos, consolado, ayudado y enojado incluso, con los familiares.

Una vez que toma el puesto, lo primero que hace es prepararse un café antes de salir a hacer la ronda cotidiana. Es en ese momento escucha un grito y un alboroto en el piso, que hace que deje a medias su desayuno y salga a ver qué pasa.

Y ahí está él, en el medio del pasillo, con una compañera suya de rehén, con un arma apuntando su cabeza, amenazando con matarla, si no conseguimos la droga que necesita su hija y que hace 3 días le dijeron que no había disponibilidad porque se trataba de un medicamento muy caro, que el Estado ya no lo suministraba como antes, y que debería hacerse cargo él de conseguirla y traerla, que mientras tanto, el hospital mantendría a su hija en condiciones para que pueda recibir la droga cuando él la provea, que contaba con el plazo de 4 días para poder abastecerla.

Anduvo por diferentes ONG, por ministerios, por secretarías, por droguerías. Llamó a laboratorios, a amigos empresarios, curas, médicos. Incluso en su pueblo hicieron una colecta, pero el valor juntado estaba lejísimo del importe. aunque ayudaba un montón, no era suficiente.

Su nombre es Bautista, es maestro en una escuela de Darregueira, al sur de la provincia de Buenos Aires. Vive solo con Aurelia, que tiene 8 años y una rara bacteria tiene su vida en jaque.

Apenas aparece en el pasillo, cruzan mirada y reconoce a la chica que viajó con él en el vagón. La mira entre súplica de ayuda y perdón por lo que está haciendo. En estos meses que viene lidiando por la vida de su hija, quemó todos sus recursos.

¿Qué se hace frente a un padre desesperado? ¿Como se lo convence que ese accionar no sirve, que solo va a lograr perjudicarse? ¿Cómo puede importarle nada cuando cada minuto lo aleja de la recuperación y la sanación de su hija?

Llega la seguridad junto con la policía, lo desarman y liberan a su compañera, lo tiran al suelo, lo esposan, y él nunca deja de mirarla, con esos ojos que muestran vergüenza y ayuda al mismo tiempo.

Se comunican desde otro hospital para proveer la droga, la desesperada acción tuvo un final acertado para Aurelia.

Mientras tanto, en su cabeza no dejaba de envolverla el pensamiento de si esto se volviera una costumbre ¿Sólo lograrían salvarse los que rompan los esquemas? ¿Los que se animen a gritar y ejercer cualquier método para lograr lo cometido? ¿A qué sociedad nos llevaria este tipo de conductas? ¿Está bien visto implementarlo para un medicamento para un hijo, pero que pasa si es por una vivienda, por el acceso a un crédito, por un vacante en una escuela, por alimentos que no llegas a comprar?

Al día siguiente tomó su tren cotidiano, pero a diferencia de otras veces, se dedicó a imaginar que reclamaría cada uno con el arma que llevaban escondida.

No le gustaba del todo este nuevo ejercicio, pero, aunque quisiera que ciertas cosas no le dolieran, y que ciertas trampas, que intuía que tarde o temprano nos iban a atrapar; no fueran ciertas.

Vita.

**Seudónimo: Vita - Autora: Silvia Lavié
Cañada de Gómez**

Preselección categoría cuento

La noche en que llegaron las fieras: (Cuento)

La habitación estaba en penumbra, tibia por la respiración lenta de los cuerpos dormidos. Mi mamá y mi hermana se acomodaban entre las sábanas, como si el mundo allá afuera no pudiera alcanzarlas.

Pero yo sabía que algo se acercaba.

El silencio se quebró con un sonido áspero contra el vidrio. Me gire hacia la ventana y vi a mi perro, arañando el marco con desesperación. Su mirada estaba cargada de miedo que no le conocía. Como si algo lo estuviera siguiendo.

—Mirá... Una pantera. — Susurró mamá somnolienta. Mi pecho se apretó.

Allí, apoyada en el tapial, una sombra negra y elegante se deslizaba con la naturalidad de quien sabe que puede atravesar cualquier frontera. Oscura como la noche misma. Observándolo todo.

Me levanté con el cuerpo tenso, como si cada paso fuera una decisión entre el miedo y el instinto.

Corrí hacia la puerta para dejar entrar a mi perro, pero un gato montés se cruzó en mi camino. Me miró por un instante, salvaje y frágil, y cuando abrí la puerta, salió disparado hacia la libertad.

Mi perro entro como un rayo, temblando. Detrás de él, como empujados por la misma fuerza, aparecieron la pantera y otro animal—un jaguar, tal vez— y cruzaron el umbral como si fueran parte de una danza antigua.

No me atacaron. No se detuvieron. Solo pasaron, como una tormenta que no te elige pero te cambia.

Y simplemente, se fueron.

Me quedé allí, con la puerta entreabierta y el corazón en los oídos, observando como lo salvaje se perdía en la oscuridad. El peligro se había ido. Y sin embargo, algo dentro de mí ya no era igual.

Mi perro me rozó la pierna, buscando abrigo. Lo acaricié sin hablar. Habíamos sobrevivido a la visita de las sombras.

Y en silencio, supe que algo había sido liberado.

Esa noche no volví a la cama. Me senté en el suelo frío, con la espalda apoyada en la pared y la mirada fija en la puerta todavía entreabierta. Afuera, el mundo seguía respirando con sus ruidos lejanos, sus sombras que acechaban y los silencios llenos de preguntas.

¿Animales como estos en el pueblo? Ni siquiera hay selva cerca, pensé.

Mi perro, acurrucado contra mí, temblaba menos. O quizás era yo la que ya no temblaba tanto.

Había algo en mí que había despertado. Algo que entendía —aunque no pudiera explicarlo— que aquellas bestias no vinieron a destruir, sino a enseñarme algo.

La pantera, con su andar majestuoso, no era un enemigo. Era una advertencia. Un recordatorio. De que el peligro a veces lleva la forma de lo que más tememos, pero también la de lo que más necesitamos enfrentar. Nosotros mismos.

Que hay partes nuestras —instintivas, fuertes, oscuras— que piden entrar. Y que negarlas no las desaparece, solo las transforma en bestias que rasguñan la puerta.

No supe en que momento amaneció, pero cuando el primer rayo de sol cruzó el suelo, me pareció distinto. Como si fuera un premio por haber resistido.

Como si hubiera cruzado una frontera invisible entre la niña que era...

...Y la mujer que empezaba a reconocer a sus propias fieras.

Sentí el aire entrar de golpe en mis pulmones, como si hubiera estado conteniéndolo todo el tiempo.

Mis ojos se abrieron de golpe, pero tardaron en reconocer la habitación. El techo era el mismo, las sombras también. Y sin embargo... todo se sentía distinto.

El corazón me late con fuerza, como si hubiera estado corriendo por mi vida. Mis manos tiemblan. No sé si de miedo... o de algo más profundo. Algo que no se nombra tan fácil.

Me senté en la cama. La sábana enredada en mis piernas, mi perro dormido a los pies, como si nada hubiese pasado.

Pero yo sabía. Lo había sentido. Había estado ahí. Con los ojos abiertos o cerrados, eso no importaba.

Pasé una mano por mi cara intentando entender.

¿Había sido solo un sueño?

Y sin embargo, todavía puedo ver la silueta de la pantera en el tapial.

Puedo sentir el piso frío bajo mis pies.

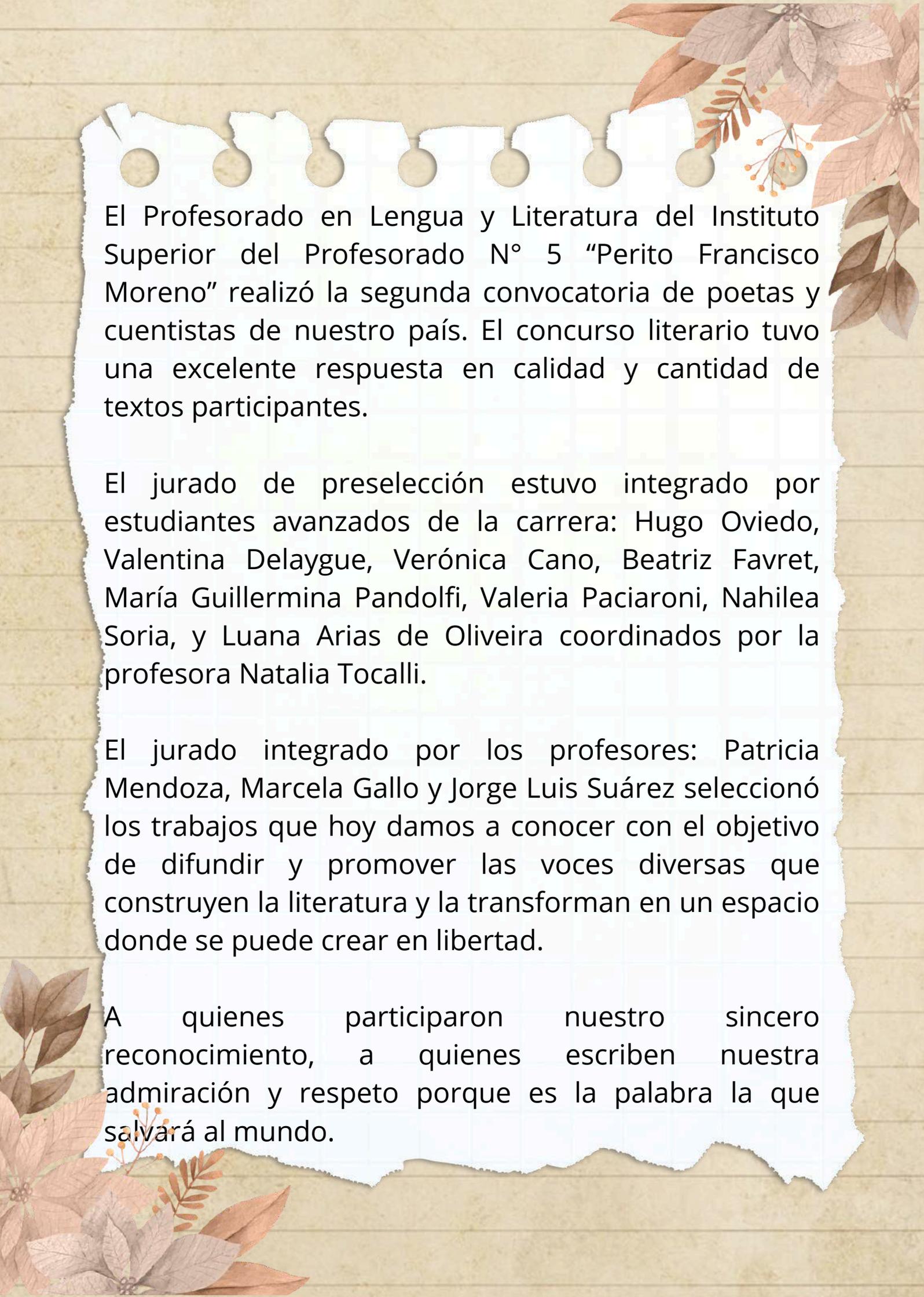
Puedo escuchar el crujido de la puerta abrirse...

Y el eco de mi misma, el yo más profundo, el que no se calla en los sueños, susurrándome:

“Ahora sabés quién sos cuando llegan las fieras”

Tina Valentina

Seudónimo: Tina Valentina
Autora: Valentina Barrionuevo
Cañada de Gómez



El Profesorado en Lengua y Literatura del Instituto Superior del Profesorado N° 5 "Perito Francisco Moreno" realizó la segunda convocatoria de poetas y cuentistas de nuestro país. El concurso literario tuvo una excelente respuesta en calidad y cantidad de textos participantes.

El jurado de preselección estuvo integrado por estudiantes avanzados de la carrera: Hugo Oviedo, Valentina Delaygue, Verónica Cano, Beatriz Favret, María Guillermina Pandolfi, Valeria Paciaroni, Nahilea Soria, y Luana Arias de Oliveira coordinados por la profesora Natalia Tocalli.

El jurado integrado por los profesores: Patricia Mendoza, Marcela Gallo y Jorge Luis Suárez seleccionó los trabajos que hoy damos a conocer con el objetivo de difundir y promover las voces diversas que construyen la literatura y la transforman en un espacio donde se puede crear en libertad.

A quienes participaron nuestro sincero reconocimiento, a quienes escriben nuestra admiración y respeto porque es la palabra la que salvará al mundo.